

## La llamada del campo

Nuestra ciudad ha sido, desde siempre, una ciudad que ha tenido predilección para las excursiones campestres. Ha contado con buenos recursos para lograr estas evasiones domingueras, cada vez más necesarias para la colectividad. Los lugares montañosos, muy bellos, las no menos bellas playas, y las fuentes recoletas rodeadas de pinares cuales las de la Font Picant y Panedes fueron siempre los puntos de destino para que nuestra colectividad guixolense encontrara en los mismos el descanso bien merecido a su labor cotidiana.

Ahora es el momento propicio para estas manifestaciones ciudadanas. Ahora es cuando se siente en toda su fuerza esta llamada del campo o de la lejana colina. Cuando el sol empieza a caer vertical y cuando la campiña empieza a poblarse como de un nirvana primaveral.

Pero si por un lado los recursos naturales han sido pródigos y duraderos, casi invariables a través de los años, en estas excursiones campestres, por otro lado hay un recurso no natural que después de haber tenido su parte importante en esta faceta de nuestra vida ciudadana, hace tiempo que viene acusando el paso del tiempo. Es nuestro «carrilet». Este pequeño tren que tan nitidamente se encuentra vinculado en la historia guixolense.

Cada vez que emprendemos una excursión, o una jornada de búsqueda de setas, o vamos a pesar una tarde dominiguera a la «Font», es entonces cuando tenemos que contar con el «carrilet». Y es entonces que sentimos un llamado temerario. El de que llegue día que nos deje para siempre. Entonces es cuando exclamamos: «Ahora vemos claro el servicio que nos presta nuestro tren.»

# Amorosa

SAN FELIU DE GUIXOLS 8 DE MAYO 1958 - NÚM. 532 - AÑO XI

## ¿No es Vd. supersticioso?



A pesar de los grandes inventos, de los satélites artificiales y de los sorprendentes refinamientos con que la técnica nos obsequia continuamente; a pesar de que la Humanidad contemporánea se envanece de poseer una cultura extensísima y que la civilización de que disfrutamos nos induce a creernos dómines de nuestra voluntad y arbitrio, es bien cierto que una gran parte de los hombres de hoy llevamos escondidos en los más recónditos repliegues del inconsciente un lastre de atávicas supersticiones.

Y no es solamente en los medios poco instruidos de la sociedad donde se mantiene el culto a los signos cabalísticos, a las tradiciones de irrazonables costumbres y absurdas creencias. En las clases cultivadas y en los países poseedores de grandes adelantos técnicos y científicos también coquetea paradójicamente la hidra de la superstición, ese monstruo de mil cabezas que tantos disparates hace cometer y tantas decisiones cercena con el freno del estúpido temor.

No importa que digamos estar exentos de influencias supersticiosas, que somos personas prácticas, y que no creemos en artes de brujería. Es raro encontrar alguien que en menor o mayor grado no posea su poro de credulidad en las fórmulas mágicas, o en los augurios, buenos o malos, de ciertos signos o incidentes.

Las supersticiones son innumerables. Cada país tiene las suyas propias, transmitidas por tradición desde quien sabe de que remotos tiempos. Los hay, asimismo, arraigadas a todos los continentes, como plantas malélicas adaptables a todos los climas y razas.

Aquí tenemos al fatídico número 13, guarrismo sencillo, de solo dos cifras, y que por razones no del todo explicables es el espantajo de muchas gentes.

Y digo no del todo explicables porque según algunos ese temor a sentarse a la mesa trece comensales tiene su origen en la Sagrada Cena. Efectivamente, en aquel memorable Cenáculo eran trece los reunidos, y de ellos uno fué el que se levantó primero y ese mismo el que pocas horas más tarde moría colgado en la higuera maldita como castigo a su infame traición.

Sea este u otro el origen de la mala fama del número 13 lo cierto es que ha dado y está dando aun serias preocupaciones a muchas personas. Nacer en día 13; embarcarse en día 13, ¡¡ay! si es viernes; tener la habitación número 13 en el hotel, etc. ¡Pobre número 13, qué sambenito te han colgado!

Otro signo considerado de muy mal presagio es la rotura de un espejo. Hay personas que por nada del mundo consentirían guardar en casa un espejo con la más pequeña señal de grieta.

Verter sal, aceite, también son signos de desgracia. Por contra, verter vino trae buena suerte. (Menos mal). Debido a esta creencia, ¡qué de billetes de la lotería se han vendido! Darle vueltas a una silla ¡oh qué horror! Presagia riñas. Pasar debajo de una escalera ¡qué cúmulo de disgustos no acarreará al insensato que lo hiciera!

En fin, la lista de supersticiones es tan larga y variada que si compiláramos todas las existentes en el mundo llenaríamos un volumen de grandes dimensiones.

Como contrapartida a las supersticiones portadoras de malaventuranzas hay las de signo afortunado, que suman tantas o más, que aquellas. ¿Quién no habrá tenido la suerte de encontrarse alguna vez por un camino rural una herradura? ¿O un trébol de cuatro hojas? ¿Y a quien no le ha ocurrido de ponerse al levantarse, medio dormido aun, un calcetín al revés?

Quizá no habremos parado mientes eh la benéfica influencia que en nuestro porvenir habrá obrado, un incidente de tal naturaleza, pero si hubiésemos sido de los afectados por esa clase de sortilegios seguramente habríamos observado alguna plausible consecuencia de tales hallazgos.

Nadie quiere ser tachado de supersticioso. A nadie place ser considerado inculto y susceptible de ser embaucado por nigromantes y hechiceros. Lo cierto es, no obstante, que la creencia, digamos inconsciente, en la fatalidad y en el poder oculto de ciertos avatares es hoy por hoy aún aferrada en la mentalidad de muchas personas que por otro lado parecen estar inmunes a la superchería y a los manes gitaniles.

Esa es la realidad. Esa es una paradoja más entre las muchas que jalonan el paso por la vida del hombre moderno, tan preciado de su ciencia y de su libre albedrío.

XAVIER